

3º PREMIO. VI CERTAMEN RELATO BREVE AVAFI

TÍTULO: Motas, la princesa del calcetín

AUTORA: M^a José García Crespo.

Había una vez una perrita llamada Motas, la más pequeña de una camada de ocho cachorritos. Pertenecían a esa raza encantadora y genuina a la que podríamos llamar “callejerus canus”. Su pelo era blanco y suave, ligeramente moteado, con las orejas negras. Sus ojos estaban enmarcados en círculos negros, como si llevase un antifaz, lo que le daba un ligero aspecto a desamparada y, sus pestañas blancas, le proporcionaban una belleza y mirada especiales. Justo cuando cumplía dos meses, Motas se despistó, no se sabe muy bien cómo pudo pasar, pero se desorientó y apareció en los verdes campos de Benimamet.

Gracias a la templada primavera valenciana sobrevivió a los resfriados. Andaba de aquí para allá, de una huerta de patatas a un campo de naranjos, de un huerto de coles y alcachofas a un campo de cebollas. Nunca robaba la comida. No le hacía falta. Cuando se acercaba a los agricultores se sentaba, ponía mirada tierna y levantaba una de las patitas delanteras. Entonces, el campesino valenciano, que es bondad pura, se derretía ante ella, se compadecía y le daba algo de comer: un trozo de pan, una carlota, una patata (¡Hum! ¡qué ricas! ¡cómo me gustan las patatas!

Justo cuando cumplía 10 meses, iba Motas paseando por la carretera que discurre entre el cementerio de Benimamet y la huerta. Es un camino peligroso para una perrita tan joven. Así que, un hombre que andaba por allí pensó que sería buena idea llevarla a la perrera. Motas se asustó cuando llegó porque había muchos perros, más grandes que ella y todos ladraban diciendo “sacadme de la jaula” o “tengo hambre otra vez” o “no aguanto a este tipo de al lado que tiene malas pulgas”....

Pero los humanos de aquel lugar la trataron muy bien. Llevaba mes y medio allí. Echaba de menos la huerta y la tranquilidad, pero allí le daban de comer. Había cogido un resfriado y la estaban medicando. Cuidaban muy bien de ella.

Motas y Amparo se encuentran

Amparo era una ejecutiva destrozada por la depresión, la fibromialgia y el estrés laboral. El médico le obligó a coger la baja porque le dijo “si sigues así, llegará un día en el que no te podrás levantar de la cama”.

Amparo era muy austera, no se concedía caprichos. Cuidaba de su familia, ayudaba a sus compañeros y trabajaba durante largas e interminables jornadas. Un día, una buena amiga le dijo:

-Amparo, en la vida hay que tener sueños. Unos son alcanzables y otros no. Piensa en algo que desees y puedas hacer y concédetelo. Eres muy buena y te lo mereces-. Así que decidió que quería adoptar una perrita abandonada para darle cariño. Algo que antes no podía hacer a causa de la esclavitud laboral a la que estaba sometida.

Así que una tarde se fue con su marido a la perrera. Desde el primer momento, Motas se fijó en Amparo y la mujer en ella. Sus miradas se cruzaron. Era como si toda la vida se hubiesen estado esperando. Amparo llegaba allí buscando una perrita a la que darle mucho amor y cariño y de inmediato la adoptó y se fueron juntos a casa.

La pequeña Motas le dio algunos disgustos. Cada vez que su ama se iba de casa, Motas inspeccionaba cada rincón de la casa. ¡Qué ricas las plantas y las raíces de las macetas



de Amparo! ¡Qué ricos los libros de la estantería! ¡Qué rico este calcetín que me acabo de tragar... glubs, me lo he tragado! Guau, guau, ¡Ama, me lo he tragado!

-¡Motas! ¿Qué haces? No te comas el calcetín. ¡Dios mío, te lo has tragado!

Amparo comenzó a darle aceite de oliva con la esperanza de que el calcetín saliera por algún sitio. Al cuarto día lo vomitó y todo fue a las mil maravillas.

-Ay Motetes, ¡menos mal!- pensaba Amparo- ¡Qué iba a hacer yo sin ti! Motas, mi princesa, la princesa del calcetín.

Motas iba creciendo y con el paso del tiempo dejó de comer calcetines y zapatos, entre otras cosas porque ya no quedaban zapatos en la casa y los que había fueron sabiamente puestos a buen recaudo.

Motas era muy amorosa y su ama la bajaba todas las mañanas a pasear al jardín del cauce del río Turia. Estos paseos les proporcionaba a las dos una tranquilidad y una sensación especiales. Había mañanas en las que Amparo lloraba a causa de su enfermedad y Motas la consolaba. Con el tiempo, durante esos paseos, Amparo le daba gracias a Dios por ese pequeño cachorro que correteaba y jugaba a su alrededor. Toda alegría era Motas, la princesa del calcetín. Amparo comenzaba a ver la vida de forma distinta con cada caminata. Cada día, un poco de esperanza iba ocupando más y más espacio en su corazón.

Amparo llegó a ser feliz y se preguntó cómo podía haber estado tanto tiempo sin una perrita tan simpática. Su dolor físico por la fibromialgia seguía acompañándola todos los días, pero cada vez que salían a pasear saludaban a otros perros y a sus amos. Amparo dejó de ver sólo su mundo y ya empezaba a observar y reflexionar sobre la vida, el interior y las inquietudes de las personas. En el río había todo tipo de "fauna urbana": corredores con mucha prisa que saben (o no) a dónde van; ciclistas intrépidos con sus auriculares; caminantes incansables... Cayó en la cuenta de lo distintos que eran unos de otros, pero todos tenían algo en común: las prisas. Todos afanados en sus cosas, pasaban despistados cerca de los "sin techo" que dormían debajo del puente de las Artes. La prisa es lo que tiene. Amparo se preguntó ¿cómo podemos pasar todos indiferentes junto a ellos sin hacer nada? ¿Y si yo fuera uno de ellos? Yo estoy mal, pero ellos están peor".

Así que al día siguiente preparó varias cafeteras, leche caliente, fruta, galletas y lo metió en su mochila. Bajó con Motas al río y fueron a dar el desayuno a aquellas personas. Amparo, al principio, iba tímidamente. Aquellos hombres estaban durmiendo entre mantas y cartones y le sabía mal despertarles. Pero hizo algo útil por ellos. Después del frío de la noche—pensó— seguro que les viene bien tomar algo caliente. ¿Cómo podíamos pasar cerca de estas personas sin hacer nada por ellas?-. Motas, por su parte, jugueteaba y les hacía sonreír. Eran extranjeros, cada uno con la piel de diferente color y acento distinto al anterior, pero todos sabían decir gracias. Pasaron algunos meses y de pronto, los señores del puente ya no estaban. La policía debió llevarles a otro lugar.

Amparo no se arrepentía de nada. Dios le había puesto allí a los pobres y ella aprovechó la ocasión para ayudarles, aunque fuera sólo unos meses. También daba gracias a Dios por aquella perrita que había sabido alegrar su vida. Amparo la adoptó para darle su amor y se encontró con que se lo devolvían multiplicado por tres. Y colorín colorado, este cuento se ha terminado. FIN

